

Como vana sombra
Jane Hervey



Es conocida la afición de los británicos a hacer comedia de un entierro, pero, aunque esta novela cae sin duda dentro de esta categoría, es también algo más. El incidente inicial, la muerte del coronel Alfred Winthorpe, lejos de ser motivo de duelo, supone un verdadero alivio para su familia, pues con ella terminan largos años de violencia, tristeza y amargura. Nadie, sin embargo, parece dispuesto a admitirlo y todos siguen adelante con el ceremonial prescrito, guiados por un sentido del deber al que obedecen sin saber por qué. Ese deber moral nunca puesto en duda es el que ha regido el designio de esta familia, que ahora se obstina en cumplir con las expectativas sociales y rendir con decoro su último adiós a un hombre al que nunca quisieron.

NOTA AL TEXTO

Como vana sombra se publicó por primera vez en 1963 (Victor Gollancz, Londres; Charles Scribner's Sons, Nueva York).

PRIMER DÍA



I

—Señora... ¡Señora!... La enfermera me ha pedido que le diga que el coronel ha fallecido plácidamente mientras dormía a las dos y media de la madrugada...

Despojada de la protección de su narcotizada oscuridad, la señora Winthorpe avanzó tanteando con disgusto las palabras «plácidamente mientras dormía».

—Mi más sentido pésame, señora.

—Gracias, Upjohn.

Plácidamente... mientras dormía...

¡Nunca más tendría que darle un beso de buenas noches! Después de cincuenta y tres años obligada a besarlo...

¡Qué suerte que todo hubiera acabado! (¡Una suerte para él, por supuesto!). ¡Se acabó! Salud. Enfermedad. Hasta que la muerte nos separe.

Upjohn cruzó con resolución la mullida alfombra, descorrió las gruesas cortinas brocadas en oro y rosa y abrió de un golpe la ventana, permitiendo así que la luz del sol y el aire fresco entrasen en el dormitorio.

La señora Winthorpe empezó a preguntarse si quizá, al fin y al cabo, no tendría que haberle pedido a la enfermera que la avisara cuando él... Una súbita brisa encontró a su

paso los tulipanes artificiales de color rosa desvaído dispuestos en un jarrón sobre el tocador, junto al espejo de mano y los macizos cepillos de plata, las fotografías familiares y los adornos de porcelana; los tulipanes susurraron como hojas muertas, atrayendo su atención de inmediato.

—No abras la ventana esta mañana, Upjohn —se apresuró a decir, tocándose con suavidad el cuello, entumecido por el reumatismo.

La ventana volvió a cerrarse tan abruptamente, y aun así casi tan silenciosamente, como los labios de Upjohn.

—Y, por favor, diles al señor y la señora Jack y al señor Harry cuando los despiertes que el coronel... que todo ha acabado —añadió la señora Winthorpe, mientras Upjohn salía del dormitorio.

Fuera, en el largo pasillo revestido de roble, Upjohn se detuvo en la puerta de la habitación contigua, atenta. Casi esperaba oír *su* tos, esa que tantos años la había atacado cuando le llevaba el té de la mañana. Pero esa mañana no había tos. Solo silencio.

Hay que ver, ¡dejarlo irse de esa manera, tan solo!, se dijo mientras recorría el silencioso pasillo, entre las hileras de retratos cuyos ojos muertos parecían observarla al pasar. ¡Únicamente la enfermera, y nadie de los suyos, lo había acompañado en sus últimos momentos!

Sintió cierta satisfacción al bajar ruidosamente las escaleras de servicio hasta la cocina en busca de la segunda bandeja de té matutino.

Volvió con ella a la habitación del señor Jack y llamó a la puerta con los nudillos. No hubo respuesta. Llamó de nuevo, esta vez más fuerte, y entró.

—Buenos días, señor. —Dejó la bandeja y pensó una vez más en la rara estampa que componían aquellas dos cabezas juntas: la más joven cubierta de rizos de oro rojizo, y la más vieja, bastante encanecida ya, con la cuidada barba gris asomando por encima de las sábanas.

Los ojos del señor Jack se abrieron poco a poco.

—Lamento darle la noticia, señor —dijo Upjohn—, pero la señora Winthorpe me ha pedido que les diga que el coronel ha fallecido plácidamente mientras dormía a las dos y media de la madrugada.

Dios... ¡Qué cansado estoy! ¡Dios mío! ¡El viejo ha muerto!

—¿Preguntó por mí?... Es decir, ¿por alguien?

—No, señor. La enfermera ha dicho que tuvo un final muy plácido. Sencillamente entregó el alma mientras dormía.

¡Falleció! ¡Entregó el alma! ¿Por qué estas condenadas mujeres utilizan semejantes expresiones? ¿No pueden decir que murió o que se acabó?, pensó Jack con irritación. Se volvió hacia Laurine, puso la mano en su hombro desnudo y sintió cómo el calor de ella le recorría el brazo con un estremecimiento.

—Querida —dijo dulcemente—. Todo ha acabado. Padre ha muerto esta noche.

—¡Oh, pobre padre! —Ya nunca volvería a sentarse junto a padre a la cabecera de la mesa, atenazada por el miedo a decir (pese a las valiosas recomendaciones de Jack) algo inconveniente... aunque padre nunca había sido desagradable con ella. Puede incluso que la apreciase. Le tembló el labio y las lágrimas asomaron a sus ojos; entonces reparó en que Jack era el primogénito. Ahora sería rico. A partir de ahora no tendrían que vivir del dinero que sacaba de sus cuadros, que no era mucho a pesar de que era un pintor magnífico. Ahora podrían permitirse una casa grande, una piscina, sirvientas, un coche...—. Espero que no haya sufrido... —dijo.

—No, querida. Murió mientras dormía.

—Era siempre tan amable conmigo. —Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos, empezaron a rebosar y recorrieron sus mejillas. Rápidamente tanteó bajo la almohada en busca de un pañuelo (nunca se debe dar rienda suelta a las

emociones delante del servicio) y se arrimó un poco más a Jack.

Al abrigo de las sábanas, mientras Upjohn les daba la espalda para descorrer las cortinas, Jack rodeó a Laurine con el brazo, y mirándola pensó: Espero que el viejo no cumpliera la amenaza de desheredarme con la que respondió al anuncio de mi boda... ¿Quién podría culpar a nadie por casarse con ella?... Y, de todos modos, ¿qué hay de malo hoy día en casarse con una actriz?... Sobre todo cuando resplandece en igual medida sobre el escenario y fuera de él... ¡Qué estupidez decir que era un capricho! Los cincuenta y uno son la flor de la vida; cuando el juicio de un hombre alcanza su mayor asiento.

Se inclinó, con renovado entusiasmo, para besar a Laurine en el momento en que Upjohn cerraba la puerta.

Cuando subía resoplando las escaleras por tercera vez, Upjohn alcanzó a oír la radio del señor Harry. Era un hombre madrugador el señor Harry. A esta reflexión que hacía a diario siguió esta vez muy de cerca un instante de ligero estupor. ¿La radio? ¿Esta mañana? Pero entonces cayó en la cuenta. Por supuesto. Aún no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo?

Llamó, abrió la puerta y entró con paso decidido en la habitación, que estaba colmada de música e iluminada por el sol que entraba a raudales por la ventana, libre de cortinas y abierta de par en par.

Estaba recostado en la cama con su pijama a rayas azul y blanco, haciendo ganchillo. Las sábanas alcanzaban a cubrirle con holgura el vientre, que empezaba ya a curvarse con la llegada de la madurez; y sobre las rodillas, fijado con chinchetas a una pequeña tabla de amasar, tenía apoyado el patrón.

Alzó la vista cuando entró Upjohn y, sin darle tiempo a despegar los labios, preguntó:

—¿Ha muerto?

Había echado a perder su discurso, pero apreciaba demasiado al señor Harry para dar importancia a algo así.

—Sí, señor Harry. Me temo que así es. A las dos y media de la madrugada.

Extendió el brazo para apagar la radio, que estaba en la mesita de noche al lado de su reloj, el vaso y la jarra de agua, el cenicero y su diario.

No había necesidad de preocuparse, pensó Upjohn. Uno puede confiar siempre en que el señor Harry hará lo que hay que hacer.

—Es un alivio, Upjohn, ya lo sabes. Estaba muy enfermo y muy cansado.

—Sí, señor Harry.

—¿Cómo está mi madre? ¿Se lo ha tomado bien?

—Sí, señor. Parece bastante calmada. También se lo he dicho al señor Jack.

Hubo una breve pausa antes de que el señor Harry dijera:

—Entiendo.

Cuando se disponía a marcharse, Upjohn dijo:

—Todos echaremos de menos al coronel, señor Harry. Siempre se portó muy bien con nosotros.

—Gracias, Upjohn. Estoy seguro de que sí.

Respondió maquinalmente, porque mientras devanaba el algodón y plegaba con esmero la labor, pensaba: Tengo que levantarme de inmediato. Habrá mucho que hacer. Debo encargarme del certificado de defunción y de telefonar a Brian y a Joanna y a las tías y...

Dejó la labor y el ovillo con cuidado sobre la mesita de noche, hizo a un lado la tabla de amasar cubierta por el patrón y salió de la cama. Se puso las zapatillas y fue hasta el tocador, donde tenía todas sus cosas perfectamente alineadas. Sacó las gafas del estuche, después cogió su portaminas de oro, ajustó la mina y volvió a la cama. En la mesita de noche estaba su diario. Lo apoyó en las rodillas y empezó a escribir.

Lunes, 15 de junio de 1961

1. *Informar a la familia*

Hijos

a) Jack (y Laurine): presentes

b) Yo: presente

c) Brian (y Elizabeth) tel.: (trabajo). Deansgate 86 945

(casa). Mere 24

Nietos

d) Joanna (y Tony) tel.: (trabajo). Manchester Central 892

(casa). Poynton 9899

Hermanas

e) y f) Tía Eva y tía Carrie tel.: buscarlo.

Frunció el ceño y se quedó pensando un momento mientras tiraba suavemente del bigote entrecano.

Empezó a escribir de nuevo:

2. *The Times*

a) Esquela mortuoria

b) Nota necrológica...

Siguió escribiendo con decisión, y abstraído hasta el punto de saltarse el primer cigarrillo del día.



Una hora después, la señora Winthorpe, que estaba recostada en su cama haciendo un solitario, oyó pasos aproximándose por el pasillo. ¡Maldita sea! Justo cuando estaba a punto de terminarlo... y ¡los solitarios rara vez salían! Dudó. Podía parecerles extraño encontrarla jugando a las cartas

(aunque se tratase de un simple solitario) cuando hacía tan poco que...

Llamaron con suavidad a la puerta.

La señora Winthorpe se inclinó y deslizó hábilmente debajo de la cama el tablero cubierto de paño verde en el que estaban dispuestas las cartas. Se irguió, arregló los volantes de su mañanita y (justo a tiempo) dijo:

—¡Adelante!

Entraron Jack y Laurine cogidos de la mano.

—Buenos días.

—Buenos días, querido.

Jack se inclinó para besarla en la frente, y con su mano libre estrechó brevemente la de ella en un gesto reconfortante y tranquilizador.

—Buenos días, madre. —Laurine la besó también y dio un paso atrás. Su mirada iba con nerviosismo de su suegra a Jack. Dudaba si dar el pésame o dejar que lo hiciera él.

Para su alivio, Jack preguntó:

—¿Estás bien, madre? ¿La noticia te ha impresionado demasiado?

—¡Oh, no! No. En realidad doy gracias por que haya terminado para él esta situación... ya sabes...

—Sí, pobre hombre. Anoche tuve el presentimiento de que no volveríamos a verlo.

Ella dijo —no pudo evitarlo—:

—No crees que deberíamos habernos quedado levantados, ¿verdad?

—Bueno, todos estuvimos de acuerdo (y creo que acertadamente) con la sugerencia de Harry de evitar escenas en el lecho de muerte.

—Sí... Sí, desde luego, estuvimos de acuerdo, ¿verdad? —Dio un pequeño suspiro de alivio.

—Ahora, madre... —Tenía que distraerla para no darle tiempo a pensar— hay que avisar a Brian y a Joanna.

—Sí, tenemos que llamarles. —Las cejas de la señora Winthorpe, muy bien perfiladas, se juntaron cuando esta

miró a Jack con el ceño fruncido, y con el dedo índice de la mano derecha empezó a rascarse la piel que rodeaba la esmaltada uña rosa del pulgar—. ¿Te encargarás tú, querido? Ay, Dios mío. —Se llevó la mano a la frente.

—¿Qué pasa?

—Brian ya estará camino del trabajo. Coge el tren de las 7:55.

—Supongo que deberíamos haber hablado con él antes de que saliera —dijo Jack. Sus dedos recorrieron con desaliento la barba, a pesar de que ya la había peinado.

—Sí, pero entonces todavía no sabíamos que...

—No, claro. Por supuesto que no.

—De todas formas, Elizabeth dijo que llamaría después del desayuno para ver cómo está... estaba padre, así que podemos esperar hasta entonces y pedirle que avise a Brian.

—Es una buena idea. —No obstante, se preguntó Jack con aprensión, ¿pensaría Brian que tendrían que haberse quedado despiertos? El bueno de Brian sentía bastante apego por las tradiciones y ese tipo de cosas... En fin, Elizabeth se encargaría de aplacarlo. Tenía mucha mano izquierda.

—Joanna pensaba venir a verlo esta tarde —continuó la señora Winthorpe—. Pero quizá sea mejor decírselo ahora.

Jack rodeó la cama, levantó a una dama que llevaba recogido en un alto tocado su sedoso pelo blanco, tan suave y brillante como el de madre, y se llevó al oído el auricular de un teléfono color crema que esta dama ocultaba bajo su falda de volantes.

III

—¿Hola? ¿Joanna?

—¿Sí? ¿Quién...? Oh, tío Jack, ¿eres tú? —La boca se le secó de pronto... ¿Estaba el abuelo... mejor?

—Joanna, querida, no creo que te sorprenda saber que todo ha terminado.

Respondió automáticamente:

—No, no. No me sorprende. —Y la asaltó un vivo deseo de haberlo visto, siquiera una sola vez más, antes de morir.

—Llevaba inconsciente desde ayer por la tarde.

Si hubiera querido volver a verla, habría preguntado por ella. Pero ¿por qué iba a preguntar por *ella*? No era su hija, solo su nieta, y estaban muy distanciados: así había sido desde que ella empezó a hacerse adulta, a forjar su propia personalidad, y él la constriñó con disciplina con la misma rigidez con que se arma un árbol joven. Ahora se daba cuenta de que esa férrea disciplina, inspirada en ideas que llevaban cuarenta años desfasadas cuando se aplicaron a su educación, había convertido el amor en miedo, alejándola cada vez más de él, del único padre que había tenido; de modo que había sido incapaz de pedirle consejo o ayuda, y al final su objetivo más apremiante había sido escapar de él. Quizá si ella hubiera sido más fuerte; si él hubiera aguantado como la última vez que lo vio, tan afable, tan calmado; si hubiera podido verlo una vez más... Se le hizo un nudo en la garganta.

Con voz ronca, preguntó:

—¿Ha sufrido?

—No, en absoluto. Se durmió a eso de las nueve y media y murió a las dos y media de esta madrugada...

El final de la frase de su tío se perdió en la oscura llanura de su pensamiento. Siguió con la conversación, su voz y la de su tío prolongándose como hilos que uniesen imágenes en su cabeza:

—Me habría gustado volver a verlo.

Me gustaría saber si la barba le había crecido. La primera vez que lo vi con barba fue en mi última visita, el miércoles pasado, pero...

—No podrías haber hecho nada, Jo, querida. Créeme, es mejor así. Ahora podrás recordarlo tal como lo viste la última vez.

... con solo un asomo de barba, apenas una sedosa pelusa gris, tan suave era. Dije: Oh, ¡abuelo! ¡Tienes barba! Y él dijo: ¡Me temo que no va a tener tiempo de crecer mucho! Y yo dije: ¡Sí, claro que lo tendrá! Crecerá hasta rivalizar con la de Moisés y...

—Tío Harry pensó que tal vez se preocupase si nos veía a todos de aquí para allí.

... la cama con sus manos sobre la sábana, tan pálidas y delgadas. Me gustaría haberlo visto otra vez, solo una más; aunque una, dos o quinientas, ¿de qué habrían servido? Al final el final ha de llegar, y no habría estado más cerca de él de lo que hubiera estado nunca.

—Por descontado, tenía razón. Y tu abuela se lo ha tomado muy bien, con mucha calma.

La voz de su tío Jack disipó la imagen de su abuelo, y Joanna pudo ver a su abuela, bella y majestuosa en su immaculada vejez.

—Oh, ¿de verdad? —¿Cómo se encuentra, después de todo lo que hemos hablado de qué haría (quería un cuarto de baño rosa), ahora que de verdad ha ocurrido?

—Está recostada en la cama. Parece muy animada, gracias a Dios.

Recostada... con sus perlas y su mañanita azul pálido de satén, sin un rizo blanco fuera de sitio; alisando la sábana hasta donde alcanzaban sus delicadas manos de uñas rosas; alisando esas arrugas que tanto le disgustaban.

—Oh, ¿animada la abuela? ¡No, no puede ser!

La risa de tío Jack sonó un tanto forzada.

—¿Quieres hablar con ella?

—Sí, por favor. —¿Qué iba a decir? ¿Qué podía decir... después de todo lo que habían hablado?

—Hola, cariño.

—¿Estás bien, abuela?

—Sí. Sí, gracias. Estoy bastante bien.

—En realidad ha sido una suerte, ¿no? —¡Qué estupideces acaba uno diciendo! ¡Dios, qué estupidez! Una suerte, una bendición, te damos gracias, señor, de todo corazón...

—Sí. Anoche estaba muy débil.

—Ojalá hubiera podido verlo una vez más.

—¡Oh, no, cariño, es mucho mejor así! No parecía el mismo después del ataque que le dio el sábado por la mañana. Es mucho mejor que lo recuerdes tal como lo viste el último día.

... con la suave barba plateada y las pálidas manos doblando la sábana con mucho esmero, mucha paciencia, hasta dejarla hecha una concertina, para después estirla, alisarla, estirla y doblarla, doblarla de nuevo, con esmero, con paciencia, sin escucharla a ella, solo desdoblando, doblando y desdoblando la pequeña concertina, lo único que importaba.

—Supongo que tienes razón. —Pero, aun así...

—¿Vendrás esta tarde de todas formas?

—Sí. Si te parece bien, me gustaría ir... tal vez pueda ayudar en algo. —Él no estaría allí. Al menos no... no él.

Ojalá no fuera demasiado tarde. Ojalá tuviera una oportunidad más —solo una— de hablar con él. De decirle: Abuelo, siempre te he tenido miedo. Y por eso intenté escapar casándome con Tony... pero solo encontré un miedo aún mayor, en lugar de amor. Y, cuando encontré el amor, con Andrew, me asustaba demasiado escapar de Tony. ¿Qué hago ahora? Por favor, ayúdame. Por favor.

IV

—Creo que vamos a bajar, madre —dijo Jack—. Habíamos pensado dar un paseo por la roaleda antes de desayunar.

—Muy bien, querido. Hace una mañana espléndida. ¡Oh, Dios mío! ¡Habrà muchas cosas de las que encargarse!

—Bueno, tú no te preocupes —la tranquilizó Jack—. Nosotros nos encargaremos de todo.

—No sé qué haría sin vosotros...

Mientras Jack y Laurine salían de la habitación, la señora Winthorpe empezó a tantear debajo de la cama en busca del tablero de cartas. Pero entonces se detuvo y se irguió de nuevo con un suspiro. Harry llegaría de un momento a otro. Aparecería en cuanto ella retomase el solitario y se quedaría otra vez a medias.

Se recostó de nuevo en los almohadones y una vez más sus manos se desplegaron en abanico sobre el embozo de la sábana, alisándolo, antes de volver a juntarse delante de ella, recogidas como las alas de un ave.

¿Eso ha sido *su* tos?

Escuchó, con la cabeza vuelta hacia el dormitorio contiguo. Se le aceleró el pulso. Una mano voló a su garganta y los dedos se aferraron al collar de perlas de siete vueltas que Alfred le había comprado como regalo de bodas.

No, no, pues ¡claro que no era *su* tos! ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a serlo? El ritmo de los latidos fue disminuyendo hasta recuperar la normalidad, pero siguió con la cabeza erguida, alerta, y sus dedos tiraron ligeramente del collar para separarlo de su garganta.

Suponía que esas perlas, cuando ella muriese, le corresponderían en realidad a la mujer de su hijo mayor: es decir, a Laurine. Pero había decidido dejárselas a su nieta. Al fin y al cabo, Sylvia había sido su única hija y, con su muerte, Joanna había ocupado ese lugar. La había criado como a una hija mucho más que como a una nieta. Además Joanna tenía una figura esbelta y grácil —muy similar a la de su madre y a la suya propia cuando era joven—, un engaste perfecto para las perlas. En el cuello de Laurine quedarían un tanto... fuera de lugar.